

POLITICA, ESTADO Y CLASES EN EL KIRCHNERISMO: UNA INTERPRETACIÓN (*)

Carlos M. Vilas
Universidad Nacional de Lanús

Uno de los aspectos más visibles de los gobiernos de Néstor Kirchner (2003-2007) y Cristina Fernández de Kirchner (2007-2015) fue el activo papel desempeñado por el estado en el desenvolvimiento de la economía y las relaciones entre clases y otros actores sociales. La consigna “recuperar la política”, tuvo como complemento “recuperar el estado” como herramienta de gestión política y de involucramiento activo en una variedad de asuntos que en la década de 1990 fueron considerados ámbitos propios del capital o de la libre autogestión de la sociedad civil –en su acepción neoliberal de “arréglense como puedan”. La asunción de nuevas funciones y la reformulación de otras ya en ejercicio demandaron la ampliación y la transformación de la red de instrumentos de intervención y gestión y, en consecuencia, mayor dotación de recursos fiscales, materiales, humanos y técnicos, un nuevo modo de vinculación del estado con el conjunto de la sociedad, y una redefinición de las vinculaciones externas. El “regreso del estado”, de acuerdo a otra de las consignas de entonces, fue también regreso *al* estado como arena política donde las clases sociales dirimen sus conflictos y como herramienta de construcción de poder. La contradicción entre estado y mercado, de acuerdo a la interpretación convencional de la época, enturbió con frecuencia la comprensión de que el conflicto y los acuerdos entre uno y otro son modos de manifestarse la dinámica de las fuerzas sociales, los intereses en pugna y las respectivas visiones de la organización y la orientación del conjunto social.

Lo verdaderamente relevante en este viraje, porque marcó un claro contraste con la etapa precedente y apuntó hacia los nuevos horizontes de la acción gubernamental, fue el cambio de los objetivos que habrían de orientar el desempeño estatal y, por lo tanto, los aparatos, procesos y herramientas institucionales y los recursos movilizadas a esos efectos. En esta medida las transformaciones en el estado y en su desenvolvimiento no sólo implicaron la modificación de su dimensión administrativa u operativa, sino un principio de institucionalización de una fórmula de poder político que promovía al rango de interés nacional la respuesta a gran parte de las demandas y expectativas del amplio arco de actores que habían sido severamente afectados por el régimen de convertibilidad y la profunda y extendida crisis social y política en que desembocó en 2001-2002.

El *kirchnerismo* surgió de esa crisis; por razones de necesidad política tanto como por preferencias doctrinarias, tuvo en el estado su principal herramienta de acción. Lo primero

(*) Este texto forma parte de un volumen colectivo que será publicado en el segundo semestre de 2016. Terminó de redactarse el 22.2.2016

derivó de las circunstancias que rodearon el arribo de Néstor Kirchner al gobierno nacional; lo segundo obedeció a su trayectoria política y personal.

Este texto resume los que el autor considera rasgos principales del kirchnerismo y propone una interpretación del mismo que pone énfasis en la articulación de factores políticos y económicos, frente a cierta tendencia en poner el acento en unos u otros. La tesis central del trabajo es que el rasgo central del kirchnerismo consistió en el impulso a una estrategia de desarrollo que veía en la expansión del consumo de las clases populares un estímulo a la inversión productiva y al crecimiento y una dimensión social de la democracia. Esa estrategia implicaba condiciones de viabilidad político-institucional y no sólo económicas, que la emparentaron con la trayectoria tradicional de la economía política del peronismo y, más difusamente, con las estrategias populistas de acumulación. Las características predominantes en los escenarios y actores previnieron la reedición de intentos pasados; el reconocimiento realista de los nuevos relieves del mapa político-económico y cultural de la sociedad y del mundo permitió al kirchnerismo abrirse paso en medio de múltiples restricciones. Sin perjuicio de sus limitaciones y ambigüedades, el kirchnerismo generó crecimiento y distribuyó socialmente sus frutos a lo largo de doce años. Sin embargo no modificó la configuración estructural de la economía argentina ni sus modos predominantes de vinculación externa; es discutible que lo haya buscado, pero si lo buscó existen hipótesis que argumentan por qué no lo consiguió. La herramienta estratégica de su desempeño fue el estado y en esa fuerza estuvo también su debilidad: en la democracia argentina la conducción del estado es, por definición constitucional, transitoria.

1. El camino

Como todo fenómeno de cierta envergadura política, el kirchnerismo fue una conjugación de elementos estructurales y coyunturales, personales e institucionales, doctrinarios y pragmáticos, dentro de una delimitación paramétrica definida por el carácter dependiente del capitalismo argentino, que también se intentó flexibilizar. En consecuencia reducirlo a sus facetas estrictamente económicas –como es evidente por ejemplo en la insistencia en referirse a él como la *posconvertibilidad*, o sea como lo que vino después de la convertibilidad- narran, con mayor o menor acierto, solamente una parte de la historia al mismo tiempo que muestran renuencia en arriesgar una caracterización de mayor enjundia teórica del tipo de capitalismo promovido en la última década. De manera similar, la reducción del kirchnerismo al papel desempeñado por el liderazgo político –equivalente a la practicada respecto de fenómenos coetáneos en otros países de América del Sur- subraya subjetividades y margina los escenarios institucionales y sociales que hacen posible el surgimiento de determinado tipo de conducción política.

Proveniente de una provincia periférica de la que había sido gobernador durante tres mandatos consecutivos, habiendo accedido a la presidencia de la República con apenas 22% de los votos por la negativa de Carlos Menem a competir en el ballottage; con reducida

gravitación en el Partido Justicialista y en el Congreso Nacional, con una economía en cesación de pagos y una sociedad civil protagonizando violentos estallidos sociales, el estado fue el instrumento con el cual el kirchnerismo impulsó su proyecto político. Y, dentro del Estado, la rama ejecutiva: Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner restituyeron a la presidencia de la República la autoridad política que la Constitución Nacional le reconoce y que se venía diluyendo desde los tramos finales de la segunda presidencia de Carlos Menem.

En estas condiciones el periodo de gobierno que se abría enfrentó un doble desafío inmediato: reactivar el proceso de acumulación para estabilizar la salida de la crisis económica y reestablecer la legitimidad de las instituciones de la democracia representativa para superar la crisis política –vale decir recuperar un principio de orden que diera sustento al ejercicio del poder político y a la configuración de un nuevo tipo de hegemonía a través del despliegue de la gestión estatal-. Para lo primero resultaba imprescindible la colaboración de los empresarios con el involucramiento que el estado habría de desplegar en la economía así como la de la principal expresión social del peronismo: el movimiento obrero y sus grandes organizaciones gremiales; para lo segundo, la de su tradicional expresión política, el Partido Justicialista.

En la óptica kirchnerista se trató de dos caras de la misma cuestión: la recomposición del proceso de acumulación mediante estímulos a la inversión debía generar recursos para dar respuesta a los reclamos populares que alimentaban la protesta social –empleo, salarios e ingresos, protección social-, así como a las de “memoria, verdad y justicia” referidas al enjuiciamiento y castigo a los responsables de crímenes de lesa humanidad cometidos por la dictadura, y a una variedad de demandas sobre cuestiones culturales, estilos de vida, etc. emergentes de una sociedad civil crecientemente diferenciada. A su turno, la desactivación del conflicto social producto de la satisfacción de las demandas por efecto de la reactivación económica y de las políticas públicas, consolidaría el sustento social del sistema político. Desde la perspectiva de Kirchner y sus colaboradores, esto último suponía ampliar su propia base electoral y su gravitación territorial por encima del reducido piso inicial, en un sistema político en que el nuevo gobierno nacional debía convivir con autoridades provinciales, municipales y partidarias preexistentes. El calendario electoral derivado de la provisión constitucional de renovación parcial de las cámaras legislativas cada dos años imprimió una dinámica de corto plazo al logro de este objetivo, tanto mayor cuanto que la conformación del poder legislativo obedecía a la correlación de fuerzas políticas que había colapsado en octubre-diciembre 2001–correlación de fuerzas en la que, de todos modos, Néstor y Cristina Kirchner tenían una incidencia menor (Vilas 2001).

Kirchner supo sacar ventaja de algunas decisiones adoptadas por los interinatos presidenciales que se sucedieron tras la caída del gobierno de la Alianza. La moratoria de la deuda externa dispuesta durante la breve gestión de Adolfo Rodríguez Saá permitió diferir

por varios años el tratamiento frontal del espinoso asunto.¹ La salida del régimen de convertibilidad dispuesta en enero 2002 por el presidente provisional Eduardo Duhalde con una fuerte devaluación favoreció un primer momento de reactivación que tuvo lugar operando sobre la capacidad ociosa acumulada en años anteriores y por el efecto de protección que implicó el nuevo tipo de cambio; la transferencia de ingresos que provocó (una caída de 35% del salario real) abarató el costo laboral en la industria y contribuyó a recomponer la tasa de ganancia de las empresas. La obligación impuesta a los grandes exportadores de liquidar divisas directamente en el Banco Central inició un proceso de acumulación de reservas de libre convertibilidad. Ya en el segundo semestre de 2002 se podía advertir una leve recuperación del crecimiento, con cierta generación de empleos y muy reducido incremento del salario real (Basualdo, Lozano y Schorr 2002). Pero la transferencia de ingresos provocada por la devaluación dio fuerte impulso a mayor empobrecimiento y desigualdad. El coeficiente Gini de distribución de ingresos había subido de .448 en octubre 2001 a .537 en el mismo mes de 2002 (área metropolitana); la pobreza, que en el primero de esos meses abarcaba al 25,5% de los hogares y 35,4% de las personas, se extendía un año después a 42,3% de los hogares y 54,3% de las personas; se duplicó la proporción de hogares en situación de indigencia (de 8,3% a 16,9%). El diseño de un programa de transferencias (laxamente) condicionadas de ingresos hacia los grupos de mayor vulnerabilidad, junto a otras acciones de política asistencial, más la convocatoria anticipada a elecciones presidenciales, contribuyeron a descomprimir la tensión social (Vilas 2005).²

El impacto de los años finales de la convertibilidad sobre la producción industrial contribuyó a que los tramos iniciales de la reactivación se llevara a cabo sin incremento significativo de la IBIF, operando sobre la capacidad instalada ociosa de las firmas. A su vez la crisis creó condiciones en el mundo laboral para desalentar las demandas sindicales de recomposición salarial que presionaran sobre la recuperada tasa de ganancia de las empresas. El mercado de trabajo experimentó una profunda fragmentación durante la década anterior, que se ahondó con la crisis. La capacidad de acción sindical se vio

¹ La presidencia interina de Rodríguez Saá dio los primeros pasos en materia de derechos humanos y cuestionamiento a la legislación de impunidad y en la relación con organizaciones *piqueteras* que luego serían otros tantos pilares de la gestión Kirchner. Jorge Taiana fue designado Secretario de Derechos Humanos (Taiana había ocupado similar cargo en la gobernación de Felipe Solá en la provincia de Buenos Aires, había sido Secretario Ejecutivo de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA, y fue prisionero político durante siete años); la organización Madres de Plaza de Mayo fue recibida por el presidente interino en la Casa Rosada, así como dirigentes de organizaciones de desocupados.

²La hipótesis de una Argentina insurgente o al menos pre insurreccional fue planteada por algunos pequeños grupos de izquierda militante a partir de los acontecimientos que tuvieron lugar entre diciembre 2001 y julio 2002, que sólo habrían podido ser sofocados por el ejercicio brutal de la represión policial. Pero la crisis política de la que esos acontecimientos fueron componente importante fue procesada institucionalmente por el mismo sistema político contra el que esos reclamos se dirigían, y la consigna “Que se vayan todos!” terminó convirtiéndose en el lema de un pequeño partido político conducido por ex militares “carapintadas” que, lo mismo que aquellos grupos de izquierda, recogieron porcentajes ínfimos de votos.

debilitada por el incremento exponencial del desempleo y la consiguiente pérdida de afiliados: casi 40% de la población laboral estaba desocupada o subocupada y otro tanto eran asalariados no registrados.³ La mayoría de los grandes sindicatos industriales y de servicios, representantes de la porción del mercado laboral integrado por los trabajadores registrados, no desempeñó un papel relevante en la protesta social, que fue protagonizada por una amplia variedad de organizaciones sociales que expresaban mucho más eficazmente los cambios que se habían registrado de manera brutal en el mapa laboral y en las condiciones y perspectivas de vida de mucha gente: demandas de asistencia inmediata para paliar los aspectos más urgentes de la cotidianeidad, experimentos autogestionarios, nuevas modalidades de organización y solidaridad popular, planes de empleo de emergencia (Palomino 2005; Bissio y Mendizábal 2005).

El énfasis en estos antecedentes inmediatos llevó a veces a considerar al experimento kirchnerista una especie de continuidad recargada del intento iniciado durante el interinato presidencial de Eduardo Duhalde (por ejemplo Damill y Frenkel 2015).⁴ Éste habría tenido que encargarse del trabajo sucio inmediato para salir de la crisis pero le faltaron los tiempos políticos para sacar fruto de ello, cosa que sí pudo y supo hacer Néstor Kirchner.

La visión continuista se basa en una caracterización incompleta del diseño kirchnerista; la devaluación de enero 2002 y derivadamente la apreciación del dólar habrían instalado una especie de “piloto automático” para la reactivación y su continuidad en el tiempo (Azpiazu y Schorr 2010; CENDA 2010).⁵ Además de excluir el papel particularmente activo que la política fiscal desempeñó durante toda la década, el acento puesto en el tipo de cambio implicó definir los alcances y limitaciones de la experiencia: un dólar alto era tanto la condición de posibilidad como el techo del programa. Como las monedas locales de las economías dependientes son siempre vulnerables a los movimientos de las monedas de las economías capitalistas más avanzadas, esta caracterización parcial puede ser interpretada como una conclusión anticipada que ya se contenía en la definición del problema: *el kirchnerismo contenía en su seno el germen de su propio agotamiento... hasta la siguiente devaluación.*⁶

³De acuerdo a la EPS del INDEC en 2002 la tasa de desocupación en los 24 agregados del país promediaba 18% (20% en el Gran Buenos Aires), y la de subocupación 20% en ambas mediciones. De acuerdo a la misma fuente los trabajadores asalariados no registrados (“en negro” o informales) constituían entre 40 y 45% de la fuerza laboral.

⁴ Vid Remes Lenicov (2012) para una versión de este breve periodo desde la perspectiva de uno de sus principales actores.

⁵ Curia (2011) pone el acento, en cambio, en la necesidad de un tipo de cambio *competitivo*. Cfr la crítica de Amico (2013) al énfasis en el tipo de cambio y la desatención al papel, que considera estratégico, de la política fiscal.

⁶Curiosamente esta idea parece haber estado presente en la devaluación forzada de enero 2014. La versión continuista y su corolario se encuentran también en algunos análisis de izquierda (por ejemplo Bonnet 2015; Mercatante 2015), para quienes las limitaciones del ensayo kirchnerista muestran la futilidad inevitable, en el largo plazo, de los intentos de impulsar un capitalismo estabilizado basado en algún tipo de alianza de

2. El proyecto

El discurso inaugural del presidente Kirchner (25 de mayo 2003) explicitó los principales aspectos de su programa de gobierno: derechos humanos, fin de la impunidad, crecimiento orientado por la demanda, creación de empleos, recuperación de los salarios, integración de las cadenas productivas, dinamización de las exportaciones, profundización de la relación con el MERCOSUR, inclusión social de los sectores más vulnerables de la población particularmente castigados por el régimen de convertibilidad y la crisis, desarrollo de infraestructura económica y social, fortalecimiento de las capacidades estatales de planeamiento y articulación con los actores del mercado que favoreciera una mejor inserción en la economía global.

(...) El estado se incorporará urgentemente como sujeto económico activo, apuntando a la terminación de las obras públicas inconclusas, la generación de trabajo genuino y la fuerte inversión en nuevas obras. Tenemos que volver a planificar y ejecutar obra pública en la Argentina, para desmentir con hechos el discurso único del neoliberalismo, que las estigmatizó como gasto público improductivo.

(...)Es el estado el que debe actuar como el gran reparador de las desigualdades sociales en un trabajo permanente de inclusión a partir del fortalecimiento de la posibilidad de acceso a la educación, la salud y la vivienda promoviendo el progreso social basado en el esfuerzo y el trabajo de cada uno. Es el estado el que debe viabilizar los derechos constitucionales, protegiendo a los sectores más vulnerables de la sociedad, es decir los trabajadores, los jubilados, los pensionados, los usuarios y los consumidores.

(...).En nuestro proyecto ubicamos en un lugar central la idea de construir un capitalismo nacional que genere alternativas que permitan reinstalar la movilidad social ascendente. No se trata de cerrarse al mundo. No es un problema de nacionalismo ultramontano sino de inteligencia, observación y compromiso con la Nación. (...) Para eso es preciso promover políticas activas que permitan el crecimiento y el desarrollo del país, la generación de nuevos puestos de trabajo y una mejor y más justa distribución del ingreso. Como se comprenderá el Estado cobra en eso un papel principal.⁷

Del planteamiento presidencial podía inferirse que los trabajadores ya no serían la variable de ajuste del modelo más allá de lo que deriva de las características estructurales del capitalismo,⁸ asunto que, más allá de la carga retórica, dejaba entrever un cambio

clases capital-trabajo. De alguna manera la tesis regresa a los planteamientos sobre la no viabilidad del desarrollo del capitalismo latinoamericano, que fue parte central de las discusiones sobre la dependencia en la década de 1960: cfr. Mantega (2005).

⁷ Discurso de asunción, en www.telam.com.ar/notas/201304/15624-10-discursos-memorables-de-nestor-kirchner.html.

⁸ Variable de ajuste que se efectiviza mediante decisiones de política económica (devaluaciones monetarias, reformas tributarias, tarifas, recortes en la seguridad social o extensión de la vida laboral, etc.) formalmente externas al proceso de producción, que explicitan la desigual distribución del poder político entre clases y reducen el ingreso real o la calidad de vida de los trabajadores desde afuera de la relación directa capital-trabajo.

importante en el sesgo hasta entonces predominante en las políticas de la convertibilidad. El bienestar de las clases populares tampoco sería un efecto diferido del crecimiento (“crecer para distribuir”), como en el enfoque desarrollista convencional, sino un ingrediente del mismo –es decir el consumo, expandido por el crecimiento del empleo y de los ingresos, como un estímulo a la inversión productiva. Este no era el esquema favorito de los grupos que más se habían beneficiado de la década neoliberal y de la gigantesca transferencia de ingresos producto de la devaluación de enero 2002. Emparentaba en cambio con la trayectoria histórica –salvo la anomalía menemista- de la política económica de los gobiernos peronistas (Curia 2011; Rougier 2012).⁹ Desde una perspectiva más amplia, el capitalismo nacional propuesto por Kirchner mostraba una relación de parentesco con los rasgos centrales del populismo económico latinoamericano: el consumo popular como uno de los motores de la acumulación, crecimiento extensivo, desarrollo del mercado interno, promoción estatal del proyecto económico en función de ciertos valores de equidad social que a su turno eran vistos como motorizadores de ese tipo particular de crecimiento, promoción de mayor autonomía externa, arbitraje político de las contradicciones de clase, dirección estatal del proceso político y económico (Vilas 1981).

La propuesta de construir un capitalismo *nacional* y poco después la convocatoria a una *burguesía nacional*, en una Argentina integrada al capitalismo globalizado, cuando la economía local había alcanzado elevados niveles de concentración y centralización y estaba embarcada desde las décadas precedentes en un sostenido proceso de extranjerización, fueron tomadas como muestras de anacronismo estructural (por ejemplo Basualdo 2004; Galetti 2004). Los señalamientos acerca de la reducida gravitación dentro de la clase capitalista de lo que usualmente se consideraba burguesía nacional eran acertados en cuanto mostraban la cartografía empresarial del vértice más alto de la pirámide.¹⁰ Esas cifras soslayan sin embargo el peso de las firmas que se ubican debajo de la cúspide, orientadas fundamentalmente al mercado interno y abrumadoramente de propiedad nacional; salvo las que consiguieron acoplarse al dinamismo de las grandes, en su mayoría nutrieron las filas de los perdedores del neoliberalismo.¹¹

El planteamiento de Kirchner parece haber obedecido a una lógica elemental. En ninguna de sus variantes puede existir el capitalismo sin empresarios y empresas que inviertan productivamente, generen excedente y lo reinviertan también productivamente, a cambio de una tasa de ganancia. Tampoco puede existir sin trabajadores asalariados, pero la variable

⁹ Tal vez podrían incluirse en esta línea algunos breves momentos de las gestiones presidenciales de Arturo Illia y Raúl Anfolsin: cfr sobre este último Restivo y Rovelli (2011).

¹⁰ De acuerdo a la Encuesta Nacional a Grandes Empresas del INDEC, las empresas de capital nacional, no asociadas de alguna manera a capitales extranjeros, representaban a inicios de la década de 2000 sólo 6,1% del valor bruto de producción de las 500 mayores empresas, 3,9% del valor abrevado bruto y 15,7% de las exportaciones, frente a 11,9%, 8,9% y 41,7% en la participación de las empresas extranjeras (Wainer y Schorr 2014; también CENDA 2010; Azpiazu, Manzanelli y Schorr 2011).

¹¹ Según el Censo Nacional Económico, en 2004-05 este sector representaba casi 99% del total de establecimientos, con 50% del valor agregado y 66% del empleo.

estratégica es siempre la tasa de ganancia del capital, incluso cuando se trata de establecer las condiciones en que tiene lugar la inserción laboral en el proceso económico.¹² El estado puede complementar al empresariado privado, puede regular su comportamiento colectivo o sectorial, pero no puede prescindir de él o forzarlo a trabajar a pérdida. Precisamente uno de los aspectos más destacados de todas las experiencias de “salir del atraso” es el activo involucramiento del estado en el desarrollo y consolidación de una burguesía industrial y en la promoción de la rentabilidad de sus inversiones: desde el “capitalismo tardío” en la Europa de la segunda mitad del siglo XIX al “milagro asiático”, el populismo y el desarrollismo latinoamericanos del siglo XX. Es válido argumentar que, teóricamente, el capitalismo no es el único modo de organización del proceso económico, pero ese no era, en la Argentina de la crisis, un asunto que figurara en la agenda de discusión y de acción política de sus principales actores.

La formulación presidencial puede interpretarse como haciéndose cargo de las tensiones y debates que, a lo largo de la década de 1990 y durante la crisis, se habían puesto de manifiesto dentro y entre las fracciones y organizaciones gremiales empresarias respecto de las políticas impulsadas desde el estado, sus efectos discriminatorios hacia algunos sectores del capital y sobre las vías para salir de la convertibilidad (Basualdo 1999; Castellani y Szkolnik 2011; Merino 2014; etc.).¹³ Lo *nacional* de la interpelación kirchnerista ponía el acento en la diferenciación dentro del mundo empresarial y expresaba la necesidad de estimular a un sector de la clase, muy golpeado por el diseño político y macroeconómico anterior, a incorporarse a un proyecto en el que había espacio para muchos de sus reclamos. En otras palabras, sumar a fracciones del empresariado al proyecto de crecimiento económico y distribución de ingresos, garantizándoles tasa de ganancia, mercado interno y proyección exterior. El desenvolvimiento ulterior mostraría que el papel de burguesía nacional podía ser desempeñado por cualquier empresa o grupo de empresas que en una determinada coyuntura tomara las decisiones que de ella esperaba la conducción política del estado: maximizar la producción, generar empleo y estimular, vía salarios, el consumo. Lo *nacional* refería, en consecuencia, a una conjunción de variables socioeconómicas y políticas; no suponía una relación fija o preferencial del estado con determinadas categorías empresariales más allá del efectivo desempeño de éstas. En tal sentido el *capitalismo*

¹² Esto es lo que algunos autores llaman “restricciones estructurales del estado frente al capital”. Cfr); Green & Sutcliffe (1987), Przeworski & Wallerstein (1988) y Przeworski (1995).

¹³ No carece de interés señalar que Kirchner lanzó su convocatoria a la burguesía nacional en una reunión con la dirección de ADEBA (Asociación de Bancos Argentinos) en la que la organización se comprometió a aportar 500 millones de pesos para un plan de obras públicas (**Clarín**, 2/10/2003). Meses antes el banquero Jorge Brito, al asumir la presidencia de ADEBA, había planteado la necesidad de “recrear una burguesía nacional” con protagonismo en las definiciones de política sobre los asuntos que les afectaban (**La Nación**, 9/4/2003).

nacional del kirchnerismo puede ser visto como una variante específica del capitalismo dirigido, más que meramente regulado.¹⁴

Las observaciones respecto de la avanzada concentración y extranjerización de la economía argentina y los obstáculos que de ello se derivaban para el proyecto kirchnerista, junto con las prevenciones acerca del cuestionable protagonismo que pudiera asumir la mayoría, o una parte significativa, del resto del universo empresarial -en ambos casos técnicamente correctas- suponían una vocación de transformación estructural del capitalismo argentino que, en esos primeros momentos, no eran evidentes en el discurso oficial.¹⁵ Observaciones que al mismo tiempo dejaban sin respuesta el desafío político planteado por la realidad: ¿qué y cómo hacer si los más grandes no quieren y los más chicos no alcanzan?

El kirchnerismo respondió con el estado. La viabilidad *económica* de un proyecto capitalista como el enunciado por el presidente depende en grado importante de la efectividad con que el estado estimule la adhesión de los inversores y administre las presiones redistributivas de los trabajadores y los movimientos sociales en niveles compatibles con la tasa de acumulación y con el papel asignado en ella al consumo popular; la viabilidad *política* depende de la capacidad de generar una base de apoyo social suficientemente amplia que se sostenga electoralmente en el tiempo. Que lo logre o no, y la medida y el modo en que lo haga, son función de múltiples factores, entre los que destacan las características organizativas y las capacidades operativas previas del estado, el momento y grado del desarrollo socioeconómico y político en el que se pone en marcha el proyecto, y las características de las fuerzas actuantes.

3. La construcción política y el estado como herramienta

Consciente del desprestigio social de buena parte del sistema político por su responsabilidad en la debacle de 2001-2002 (del que los resultados del “voto bronca” de octubre 2001 y los acontecimientos subsiguientes habían dado testimonio), Kirchner inició su presidencia haciendo equilibrio entre su larga afiliación al Partido Justicialista y la preocupación por mostrar externalidad respecto de la política del periodo neoliberal y de la colaboración parlamentaria de las representaciones del PJ con ella.¹⁶ La metáfora del pingüino, lo patagónico, las reiteradas menciones a la proveniencia del lejano sur, se combinaron con una evidente dilución de la estética peronista tradicional en los actos

¹⁴ A su manera también el de la convertibilidad fue capitalismo políticamente regulado –después de todo la ecuación fundacional 1 peso = 1 dólar no fue producto de la autonomía del mercado sino una decisión política.

¹⁵ Éste más bien recordaba a la expresión del ex presidente Deng Xiao-ping: “No importa si el gato es blanco o negro, sino si caza ratones”.

¹⁶ Ya a principios de enero 2002 el entonces gobernador Kirchner había declinado el ofrecimiento del recientemente inaugurado presidente interino Duhalde de desempeñarse como Jefe de Gabinete de Ministros.

políticos de convocatoria masiva.¹⁷ Las referencias a su generación política le dieron crédito ante los organismos de derechos humanos –un ámbito en el que hasta entonces había mantenido un perfil público bajo-, las víctimas sobrevivientes y los familiares que no habían obtenido respuestas a sus reclamos, y tendieron puentes hacia una juventud radicalizada a partir de los acontecimientos de diciembre 2001 en Plaza de Mayo y adyacencias.¹⁸ Elaboró convergencias con sectores del progresismo (Frepaso, sectores del radicalismo, clases medias de adhesiones tradicionalmente fluctuantes) al mismo tiempo que renovó esfuerzos para alcanzar la conducción del PJ. Abrió un diálogo con los movimientos de trabajadores desocupados e incorporó a algunos dirigentes de las diferentes organizaciones a funciones de gobierno en áreas de incumbencia directa en sus reclamos; a partir de entonces las principales organizaciones del sector se convertirían (con altibajos, adhesiones y rupturas), en interlocutores y efectores de aspectos importantes de la política social del gobierno. La presencia de Fidel Castro en la asunción presidencial fue un fuerte mensaje para los grupos de izquierda que, hasta entonces, consideraban a Kirchner un remedo de Menem y habían anticipado abstenerse en el ballottage que finalmente no tuvo lugar.¹⁹

La depuración de las cúpulas de las fuerzas armadas y de seguridad dispuesta inmediatamente después de su asunción, el inicio de la renovación de la Corte Suprema de Justicia, la anulación de las leyes de obediencia debida y punto final, contribuyeron desde el plano institucional a la construcción de una amplia coalición social que no tardaría en generar resultados políticos. En septiembre 2003 el candidato apoyado por Kirchner ganó en segunda vuelta la elección de Jefe de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires –un distrito siempre esquivo al peronismo-. En las elecciones parlamentarias de octubre 2005 el presidente consiguió instalar las principales candidaturas en todas las provincias, cosa que no habría sido posible sin el acuerdo con los gobernadores peronistas y, en general, los peronismos provinciales. El kirchnerismo triunfó en 17 provincias (entre ellas la

¹⁷ Vid. la nota de Martín Piqué “Sí a Mercedes, no a la marcha”, **Página 12**, 21/7/2005. Irónicamente la insistencia en cantar “la marcha” provenía de los grupos de mayor militancia kirchnerista de la juventud que, en una de sus consignas más representativas, coreaban “Somos de la gloriosa Juventud Peronista/somos los herederos de Perón y de Evita”.

¹⁸ “Formo parte de una generación diezmada. Castigada con dolorosas ausencias. Me sumé a las luchas políticas creyendo en valores y convicciones a los que no pienso dejar en la puerta de entrada de la Casa Rosada. No creo en el axioma de que cuando se gobierna se cambia convicción por pragmatismo. Eso constituye en verdad un ejercicio de hipocresía y cinismo. Soñé toda mi vida que éste, nuestro país, se podía cambiar para bien. Llegamos sin rencores pero con memoria. Memoria no sólo de los errores y horrores del otro. Sino que también es memoria sobre nuestras propias equivocaciones”. Discurso de asunción como presidente de la República, 25 de mayo 2003, cit. Una enunciación parecida había sido formulada diez días antes al oficializarse que Menem no competiría en una segunda vuelta y puso en alerta a los sectores del poder económico más vinculados a la dictadura cívico-militar: vid la nota de José Claudio Escribano “Treinta y seis horas de un carnaval decadente” en **La Nación**, 15/5/03, y el análisis de Horacio Verbitsky en **Página 12**, 18/5/2003.

¹⁹ Vid el discurso pronunciado por Fidel Castro en la escalinata de la Facultad de Derecho de la UBA el 26 de mayo 2003. www.archivo.lavoz.com.ar/2003/0530/813.pdf

de Buenos Aires) y alcanzó la mayoría en la Cámara de Diputados. Los resultados explicitaron el amplio apoyo social a la construcción política de Kirchner, su consolidación como jefe político del peronismo nacional y su condición de “presidente dominante” (Ollier 2015).

El diseño kirchnerista suponía la eficacia del estado en el arbitraje de las tensiones y conflictos de clase en consonancia con el nuevo planteamiento político-económico, es decir ejerciendo la dirección de la dinámica de las clases. Para ello fue necesario adecuar el aparato estatal a la consecución de los nuevos objetivos y la consiguiente reconfiguración de las relaciones de poder que tenían expresión en él.

La ampliación del aparato estatal y de sus capacidades de recaudación y asignación de recursos constituyó una de las dimensiones de mayor visibilidad de los gobiernos kirchneristas. La administración estatal creció en organismos, áreas de incumbencia y recursos. Se crearon nuevos ministerios de acuerdo con la relevancia política asignada a las respectivas áreas; el más destacado de ellos por la amplitud de su cobertura y el volumen de recursos fue el de Planificación Federal, Inversión Pública y Servicios (hasta 2012 subsumía las áreas de energía, minería, comunicaciones, transporte, obras públicas, recursos hídricos, vivienda y desarrollo urbano); otros surgieron de la promoción a ese rango de anteriores secretarías: Industria, Turismo, Agricultura Ganadería y Pesca; el Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social, y el de Desarrollo Social tuvieron un fuerte incremento en estructura, recursos y peso institucional.

El aparato del estado creció y, en líneas generales, mejoró su desempeño, aunque muchas de las modificaciones se hicieron sobre la marcha y frecuentemente en respuesta a desafíos inmediatos de tipo político que conspiraron contra la eficientización de los servicios prestados; fue evidente además la superposición de diferentes esquemas de gestión pública que habían venido implementándose en las décadas previas. El más amplio involucramiento estatal y los requerimientos de nuevas competencias explican el crecimiento del empleo público, que de todas maneras fue relativamente moderado.²⁰

A pesar de un discurso crítico hacia las privatizaciones de empresas efectuadas en la década anterior, no estuvo inicialmente en el interés del gobierno recuperarlas ni en general incrementar el involucramiento empresarial del estado. Las decisiones que se tomaron en tal sentido obedecieron a situaciones ligadas a cada caso, en general referidas a graves incumplimientos contractuales, o bien a consideraciones de soberanía nacional. Las renacionalizaciones incluyeron a empresas como Correo Argentino (2003), Aguas

²⁰El crecimiento conjunto (Administración Nacional, universidades nacionales, sistema financiero, empresas y sociedades del estado y otros entes públicos) fue de alrededor de 45% entre 2003 y 2012; el sector que más creció fue el del personal universitario, que llegó a representar al final del periodo casi 35% del total como efecto de la agresiva política de creación de nuevas universidades. También se incrementó aumentó el personal del poder judicial: casi 43% en el periodo (López y Zeller 2015).

Argentinas (2006), Astilleros Tandanor (2007), Aerolíneas Argentinas y Austral Líneas Aéreas (2008), Fábrica Militar de Aviones (2009), YPF (2012), líneas ferroviarias Sarmiento, Mitre y Belgrano Cargas (2012-13). En 2004 se creó la empresa estatal ENARSA en el terreno de la energía y en 2006 AR-SAT, para la producción de satélites de comunicación. En 2008 se estatizó el sistema de jubilaciones y pensiones, privatizado en los noventa y se creó el Sistema Integrado Previsional Argentino (SIPA); además de atender los problemas específicos del área, la medida permitió ampliar las coberturas, elevar sus montos e incorporar al nuevo sistema el programa más importante de la política social del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner: la Asignación Universal por Hijo. La estatización del sistema previsional permitió asimismo que el estado se hiciera cargo de las inversiones de las AFJP en una variedad de empresas, y designar en los respectivos directorios a sus representantes. Esa participación nunca fue mayoritaria, pero permitió a la autoridad económica acceder a información relevante sobre el funcionamiento de las empresas. El gasto público creció del 17 % del PIB al 34%, traccionado por la seguridad social y, a partir de 2007, por las transferencias corrientes al sector privado (IARAF 2015). La base fiscal se amplió merced al incremento de la recaudación por efecto del crecimiento económico y la mayor eficiencia del sistema recaudatorio, incluyendo los recursos provenientes de las retenciones a las exportaciones primarias y los derivados de la estatización de los fondos de previsión social.

En 2005 se adoptaron dos medidas que ampliaron significativamente la autonomía decisoria del estado: una drástica reestructuración y canje de la deuda externa en default desde 2001 y la cancelación por anticipado de la totalidad de la deuda con el FMI. En 2010, durante la primera presidencia de Cristina Fernández de Kirchner se dispuso la reapertura del canje de deuda en default desde 2001, haciendo posible el ingreso de tenedores de bonos que no habían ingresado al anterior. Sin embargo no se eliminaron del ordenamiento legal nacional las normas que habilitaban la prórroga de jurisdicción para las disputas judiciales referidas a asuntos patrimoniales en los que el estado nacional interviene y tampoco se encararon acciones conducentes a la denuncia de los tratados bilaterales de inversión firmados en la década de 1990 que incluían esa prórroga. En 2012 la sentencia del juez Thomas Griesa de Nueva York en torno a la demanda de los bonistas que no se presentaron a los canjes (*holdouts* y “fondos buitres”) acotó el margen de maniobra del estado argentino en el sistema financiero internacional. El gobierno de Estados Unidos, a través de la Secretaría del Tesoro, anunció su oposición a la concesión de nuevos préstamos del Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo. En 2013 Argentina regularizó su situación con el CIADI; en 2014 llegó a un acuerdo con el Club de París sin pasar previamente por la supervisión del FMI.

El fortalecimiento de la participación en MERCOSUR y en otras alianzas regionales (UNASUR, CELAC) tuvo el mismo objetivo de ampliar la autonomía decisoria a través de un regionalismo que mejorara las condiciones de participación en la globalización.

Kirchner imprimió una nueva conducción al aparato estatal, que se tradujo en una marcada centralización de decisiones en el presidente, que Cristina habría de continuar y fortalecer. De acuerdo con la Constitución Nacional el Poder Ejecutivo de la Nación es desempeñado “por un ciudadano con el título de ‘Presidente de la República’” (art. 87); es “el jefe supremo de la Nación, jefe del gobierno y responsable político de la administración general del país” (art. 99 inc. 1). El presidente tomó al pie de la letra la provisión constitucional; consolidó la conducción política de los asuntos de gobierno y acotó a cuestiones fundamentalmente técnicas la gravitación de los aparatos ligados a la gestión económica y financiera en el diseño de las políticas respectivas. Esto fue particularmente notorio respecto del Banco Central y el Ministerio de Economía. En el periodo de la convertibilidad ambos habían sido herramientas relevantes y agencias de interlocución privilegiada con los organismos financieros multilaterales y la banca internacional (Blustein 2005). Kirchner asumió la definición y la conducción de la política económica, limitando las competencias de los ministros del ramo. La autonomía del Banco Central, uno de los pilares del esquema neoliberal y una reiterada exigencia de los organismos y el sector financiero, fue reducida para ponerla a tono con la conducción política del Ejecutivo; Alfonso Prat Gay, heredado del interinato de Duhalde, renunció a la presidencia del BCRA por diferencias de criterio con Kirchner (2004); lo mismo ocurrió con su sucesor Martín Redrado en enero 2010. Después de la renuncia de Roberto Lavagna (2005) por desavenencias con la conducción presidencial –también Lavagna provenía de la gestión Duhalde-, el gobierno contó con una sucesión de ministros de Economía de bajo perfil y cortos mandatos hasta el inicio del segundo periodo presidencial de Cristina Fernández de Kirchner en 2011.

También el Ministerio del Interior, encargado de las relaciones con las provincias y los municipios, experimentó acotamientos políticos; gobernadores e intendentes pasaron a mantener relaciones directas con el presidente, especialmente en cuestiones electorales, coparticipación federal, transferencias del Tesoro, desconcentración de programas sociales, financiamiento y ejecución de obras públicas –asunto éste en el que el Ministerio de Planificación Federal alcanzó fuerte peso político, pero siempre bajo la orientación presidencial-. La proverbial fragilidad fiscal de las provincias amplió el canal de negociación entre éstas y el gobierno central. En 2012 le fue transferida la Secretaría de Transporte, hasta entonces dependiente del Ministerio de Planificación Federal.

En el ámbito del Ministerio de Defensa el presidente asumió en plenitud su condición constitucional de Jefe de las Fuerzas Armadas.

Es frecuente vincular este tipo centralizado de ejercicio presidencial a factores psicológicos –el argumento fue dirigido con particular insistencia y agresividad contra la presidenta Cristina Fernández de Kirchner-. Desde una perspectiva más fácilmente verificable y afin al análisis político, puede interpretarse como un recurso para neutralizar la labor de anillos burocráticos y redes de políticas subsistentes de gestiones orientadas hacia otro tipo de objetivos, sensibles a las presiones y solicitudes de actores con intereses y objetivos no

siempre compatibles con los del Ejecutivo, y que vulneran la necesaria unidad de propósito de la gestión pública.

4. Los más y los menos

El capitalismo kirchnerista generó crecimiento, distribuyó socialmente sus frutos, y lo hizo durante doce años. Destacar estas tres cuestiones, en las que el estado desempeñó un papel estratégico, no releva de reconocer sus limitaciones y ambigüedades. Dado lo infrecuente de este resultado, es razonable comenzar por él.

Entre 2003 y 2014 el PIB creció a una tasa media anual de 6,1%, con un primer quinquenio 2003-2007 de tasas altas (8,8% promedio anual) y una marcada desaceleración posterior (5,3% promedio en 2008-2012 y 1,7% en 2013-14) pese a la recuperación de 2010-2011.²¹ El crecimiento fue acompañado por una importante acumulación de reservas y un superávit de la cuenta corriente del balance de pagos. Éste, junto con el superávit fiscal primario, componía el esquema de “superávit gemelos” de la presentación oficial de la macroeconomía del *modelo*: solvencia fiscal, saldos externos positivos y tipo de cambio competitivo. El crecimiento se alcanzó sin recurso a endeudamiento externo y, al contrario, con un considerable desendeudamiento.

La distribución del ingreso mejoró; el índice de Gini decreció durante toda la década y se redujo la incidencia de la pobreza y la indigencia como efecto del crecimiento del empleo y los salarios, las políticas de transferencias directas de ingresos y de subsidios y la ampliación de la cobertura en seguridad social.²² El salario real creció de manera sostenida, apoyado en el crecimiento del empleo y en el cambio político-institucional que significó el regreso al sistema de negociaciones paritarias libres bajo orientación estatal.

El cuadro siguiente presenta tres momentos en una distribución segmentada de ingreso de los hogares en el Gran Buenos Aires, ilustra acerca de los cambios profundos experimentados en menos de una década y ayuda a explicar el mal humor que los grupos sociales más pudientes exteriorizaron a lo largo de los gobiernos Kirchner. En un contexto sostenido de crecimiento de los ingresos, es claro que, en términos relativos, a los grupos de menores ingresos les fue comparativamente mejor que a los más ricos.

²¹ En 2010 el PIB creció 9,5%, y 8,4% en 2011: CEPAL, **Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe**, varios años. El **Balance preliminar** correspondiente a diciembre 2015 estimó para ese año un crecimiento del 2%, mientras el FMI la bajó a 0.4%, similar a la de 2014. Con posterioridad a la finalización de este texto, el INDEC informó que la economía argentina creció 2.1% a lo largo de 2015 (**Ámbito Financiero**, 31/3/2016).

²² De acuerdo a la CEPAL en 2012 la pobreza en el GBA abarcaba a 4.3% de las personas, y la indigencia a 1.7% (Cepal 2014 cuadro1). Según el Banco Mundial el coeficiente de Gini era 42.5 promedio en 2006-2010, y 42.3% en 2011-2015: www.datos.bancomundial.org/indicador/SI.POV.GINI

Distribución del ingreso de los hogares, GBA

Año	40% más pobre	30% siguiente	20% antes del 10% más rico	10% más rico
2004	13.1	21.4	25.5	40.0
2011	17.3	24.9	27.2	30.6
2012	18.2	26.1	26.9	28.3

Fuente: CEPAL (2014) cuadro II.A.1

La pobreza urbana disminuyó ininterrumpidamente entre 2003 y 2011; el impacto de las políticas sociales, en sentido amplio, neutralizó el efecto que la desaceleración del crecimiento en 2008-12 podría haber tenido en la reducción de la pobreza; de todos modos ésta creció en 2012 y 2013, estabilizándose en el bienio siguiente en los valores de ese último año. Programas como la Asignación Universal por Hijo (con 3.6 millones de beneficiarios en 2014-15), o la incorporación de algo más de 3 millones de personas al sistema previsional, contribuyeron a incrementar los ingresos de las familias y a formalizarlos, protegiéndolos de mediaciones punteriles. A mediados de 2015 más de 17 millones de personas eran atendidas por transferencias estatales a través del sistema previsional y de la seguridad social, contra 6.5 millones en 2003.

El crecimiento del empleo y el regreso al régimen de negociación paritaria permitió a los sindicatos de la industria y los servicios recuperar la gravitación institucional y la intervención en el mercado de trabajo que habían perdido con la crisis. El salario real de los trabajadores amparados por convenios colectivos aumentó y se mantuvo por encima de la tasa de inflación incluso después de 2008, cuando ésta se aceleró e incentivó las pujas redistributivas, pero un tercio de la población trabajadora no estaba registrada, proporción que se mantuvo con pocas variaciones durante todo el kirchnerismo. La caída de la tasa de desempleo estimuló la conflictividad laboral y el resurgimiento del conflicto de clase; la empresa y sus adyacencias, ya no más el barrio, fue el escenario de los reclamos. La inserción institucional recuperada por los sindicatos favoreció el regreso a la diferenciación de los intereses sectoriales corporativos y a una autonomía relativa de éstos respecto de las políticas gubernamentales que de una manera u otra afectaban al conjunto de los asalariados registrados, o directamente a la capacidad de acción o los recursos de las organizaciones.²³

El desarrollo del proyecto se llevó a cabo a través de una sucesión de conflictos y negociaciones entre el gobierno y el poder económico; el keynesianismo implícito en la

²³ Ejemplos del primer caso son el reclamo sindical de elevación del mínimo no imponible en el impuesto a las ganancias de los asalariados, o la eliminación de los aumentos “no remunerativos” sobre los que no se practicaban aportes para la seguridad social y su incorporación a salario. En el segundo grupo se ubican el encuadramiento sindical de determinadas categorías de trabajadores, o el manejo directo de los fondos de obra social.

convocatoria kirchnerista y la reorientación hacia el mercado interno no eran atractivos para una matriz de mercado altamente concentrado en un pequeño grupo de empresas extranjeras o con estrechos vínculos con ellas y fuerte articulación corporativa del capital productivo y el financiero.²⁴ De todas maneras mientras el esquema tipo de cambio alto/superávit gemelos se mantuvo sin mayores tensiones, la industria contó con divisas para satisfacer su dependencia estructural de importaciones, los altos precios generaban una alta rentabilidad al complejo agroexportador a pesar de las retenciones, los saldos favorables contribuían al crecimiento de las reservas y al fortalecimiento de la base fiscal del estado, los ingresos reales de los trabajadores mejoraban, el peso institucional de las organizaciones sindicales se recomponía, el gasto fiscal atendía las demandas de quienes aún no ingresaban al mercado formal de trabajo, y los candidatos impulsados o apoyados por el gobierno ganaban las elecciones.

El “viento de cola” de los términos favorables del intercambio impulsó el crecimiento del producto y alimentó discusiones dentro y fuera del gobierno acerca de la pertinencia de algunas teorías económicas que formaban parte de las premisas del capitalismo nacional; en la euforia de los *commodities*, se tiró por la ventana al viejo Prebisch. Sin embargo, mirando a todo el periodo, la demanda interna tuvo un comportamiento muy dinámico. Sobre todo en los dos primeros gobiernos Kirchner el consumo y la inversión motorizaron el crecimiento más que las exportaciones (Schorr 2012; Amico 2013; Damill y Frenkel 2015). El consumo creció a una tasa media anual de 7,7% hasta 2011, liderado por el consumo privado. En cambio el comportamiento activo de la inversión estuvo fundamentalmente a cargo de la inversión pública y en consecuencia fue una faceta de la política fiscal de gasto. No obstante el alto nivel de rentabilidad del capital (Agostino 2015; Michelena 2009) las grandes empresas, en particular las que operan en las ramas industriales de alto nivel de concentración, mayor grado de extranjerización y más alto coeficiente de importaciones, tuvieron un comportamiento inversionista a la retranca; en general optaron por convertir en divisas la rentabilidad en pesos y remesarla al exterior, recurriendo a los mecanismos que ya habían probado su eficacia en los años de la convertibilidad (HCDN 2005; Gaggero et al 2014; Manzanelli et al. 2015; Cassini 2015).

La fuga de capitales se incrementó a partir de 2008, año en que convergieron el estallido del conflicto por las retenciones a las exportaciones agrícolas, la crisis de la banca Lehman y su amplia y rápida repercusión internacional, la aceleración de la inflación que hasta entonces se había mantenido en torno al 10% anual, y la progresiva apreciación de tipo de cambio. El stock remesado ese año superó en más del doble al remitido en 2002-2007, con alta correlación con la variación negativa de las reservas del BCRA (Manzanelli et al. 2015;

²⁴ Ya a fines de la década de 1960 la investigación de Cardoso sobre la ideología de las burguesías industriales en Argentina y Brasil había puesto en evidencia el poco entusiasmo de este sector por propuestas nacional-desarrollistas y su mayor interés en vinculaciones con el capitalismo (por entonces incipientemente) transnacionalizado (Cardoso 1971); también Trindade (1982).

Gaggero et al. 2014). Esta afectación de parte importante del ahorro de las firmas de los grupos concentrados restó potencialidad a la acumulación de capital y definió una rentable alternativa a la expansión e integración de la matriz productiva interna –algo que, posiblemente, nunca estuvo en la mente o el interés de esa fracción de la burguesía-. Se recurrió a restricciones administrativas a las importaciones, que repercutieron en la caída del producto por el sesgo tradicionalmente importador de las ramas industriales/agroindustriales que más aportaban a las exportaciones; la balanza comercial se hizo deficitaria, en lo que incidió la caída de los precios internacionales de los granos. La instalación de controles cambiarios no frenó la fuga de divisas ni la demanda de los particulares, que ya no se circunscribía a los grandes operadores; éstos sin embargo, y los principales medios de comunicación, insistieron en las complicaciones e incomodidades que los controles imponían a los más pequeños.²⁵ La inflación se instaló en torno al 22-25% a partir de 2008; contribuyó a la progresiva apreciación del tipo de cambio, alimentando adicionalmente las corridas hacia el dólar, y echó combustible al conflicto redistributivo.

A pesar de lo que habría podido inferirse del discurso oficial y, en sentido opuesto, de la evidencia brindada por el comportamiento de las grandes firmas del capital concentrado, no hubo un intento sistemático de modificar los sesgos de poder dentro del universo empresarial. Aumentó el número de empresas ubicadas debajo de la cúspide, se les otorgaron incentivos impositivos y líneas de créditos, pero no se impulsó una matriz productiva que redujera su dependencia respecto de aquellas. Los grandes proyectos de inversión impulsados por el estado fueron mayoritariamente aprovechados por las firmas de la cúspide empresarial; la concentración de capitales avanzó.

Con el cambio en los escenarios el estado pasó de ser el catalizador de la iniciativa privada a asumir un rol más activo en la generación de los efectos que el diseño original pretendía del mercado. Programas de control de precios minoristas, acordados con los principales operadores mayoristas del mercado, moderaron el impacto de la inflación en una canasta amplia de productos de consumo y uso final. Hubo reticencia gubernamental, sin embargo, a aplicar la ley de abastecimiento, que establece un sistema integral de control temporal de precios.²⁶

Las políticas gubernamentales continuaron transfiriendo recursos para sostener el consumo de los sectores más vulnerables y estimular la inversión. Las tarifas de los servicios

²⁵De acuerdo a la AFIP en los primeros 11 meses de 2015 se vendieron, 8.518,8 millones de dólares en un total de 13,3 millones de operaciones minoristas (compra con fines de ahorro, turismo, deudas locales, entre otros), con un promedio de u\$s 636 por operación. El 39% de esas operaciones representaba 20% del valor de las compras (un promedio de u\$s 327 por operación) y estuvo a cargo de personas físicas con un ingreso mensual de hasta 20mil pesos, equivalentes a unos 2.200 dólares: **Ámbito Financiero**, 11 de noviembre 2015. También Zaiat (2014) para una lista parcial las grandes empresas que impulsaban las corridas sobre el dólar.

²⁶ La ley 20.680 data de 1974 (tercera presidencia de Perón) y siempre ha sido resistida por los grupos productores, elaboradores y comerciales que fijan precios.

públicas se mantuvieron prácticamente congeladas durante todo el periodo, a un costo fiscal creciente. Las transferencias corrientes al sector privado crecieron a partir de 2007; se buscó de esta manera preservar el valor de los salarios, sostener la ganancia de las empresas y prevenir despidos como recurso patronal para reducir costos; también fueron un desestímulo a la realización de inversiones por las empresas, aceptando los argumentos de éstas respecto de los márgenes de rentabilidad.²⁷ Complementariamente se incrementó la asignación de recursos al Plan REPRO (Reactivación Productiva) y se dotó de más recursos el Programa “Argentina Trabaja” de incorporación al empleo productivo a través de la formación de cooperativas de trabajo; el “Prog.r.es.ar” contaba a fines de 2015 con algo más de 900mil beneficiarios.²⁸ A través de la expansión del gasto el estado asumió funciones promocionales en respuesta al comportamiento empresarial predominante y a sus efectos en el mercado de trabajo y el consumo. Los programas sociales explicitaban la creciente atención estatal a los grupos de población que quedaban fuera de la protección del mercado formal de trabajo y de la gestión sindical, por lo tanto de mayor vulnerabilidad.

El gasto público fue instrumento de inclusión social y sostén y estímulo del crecimiento del producto, sin contrapartida suficiente por el lado de los ingresos: los ingresos de exportación cayeron por la caída de los precios externos y la retención de las ventas como mecanismo de presión de los productores para la quita de las retenciones, y el conflicto con los fondos buitres complicaba y encarecía el acceso a financiamiento externo. La continuidad en ascenso de la fuga de capitales y el pago de los compromisos de deuda externa presionaban sobre la cuenta corriente de la balanza de pagos. Hacia 2012, los superávits gemelos se transformaron en déficit gemelos. Una vez más la restricción externa reaparecía en lo que, para algunos observadores, constituía el fin del ciclo kirchnerista y su proyecto de capitalismo nacional.

El problema al que se enfrentó el kirchnerismo era cómo mantener la política de inclusión social y expansión del consumo con tasas decrecientes de crecimiento y progresiva vulnerabilidad fiscal y externa, sin “enfriar” la economía o haciéndolo al menor grado, y costo social, posible.

Una variedad de trabajos –muchos de ellos referidos en las páginas precedentes- señala las limitaciones, bloqueos internos y conflictos externos de la macroeconomía del kirchnerismo. Es cuestionable reducir el kirchnerismo, o cualquier otra estrategia de desarrollo, a mera macroeconomía, o suponer que las contradicciones en la macroeconomía

²⁷ Tomando 2007 como año base, en 2008 el monto total de los subsidios a las empresas fue 69% más alto en precios corrientes; 314% mayor en 2011, 597% en 2013 y 1130% en 2014. Este último año el 92% de esas transferencias fue a energía, combustibles y minería, y a transportes, frente a 84% en 2007.

²⁸ El Plan REPRO (creado en 2002 durante la presidencia provisional de Duhalde) permite al estado hacerse cargo temporalmente de parte del salario del trabajador para prevenir licenciamientos o despidos por caída de la producción o problemas financieros severos de la empresa. El Prog.r.es.ar (Programa de Respaldo a Estudiantes Argentinos) se dirige a jóvenes sin empleo, con empleo informal o salario inferior al mínimo, para que inicien o completen sus estudios.

expliquen por sí solas, en el caso del kirchnerismo, las complicaciones que se presentaron a partir del cambio de escenarios. Sin perjuicio de su especificidad, la mecánica, o “las leyes”, de la macroeconomía son expresión de configuraciones dadas, o pretendidas, de poder entre clases y fracciones y, a través de ellas, entre la economía nacional y los actores que gravitan en el sistema internacional. Esas configuraciones alimentan valores, discursos, representaciones colectivas. Las manifestaciones macroeconómicas de las tribulaciones del esquema kirchnerista –déficit fiscal, pérdida de competitividad del tipo de cambio, corridas sobre el dólar, restricción externa- pueden ser vistas, desde una perspectiva más amplia, como la manifestación de una lucha política entre fuerzas que movilizan, como recurso, su desigual gravitación sobre los instrumentos macroeconómicos, y en donde lo que realmente vale es el balance integral final. La historia argentina de las últimas décadas ilustra sobre “golpes de mercado” exitosos tanto para provocar la caída de un gobierno (Alfonsín 1989) como para forzar modificaciones profundas en su programa electoral (Menem 1990, 1991).²⁹

Los años finales de la gestión presidencial de Cristina Fernández de Kirchner ofrecen el espectáculo poco frecuente en la política argentina de los últimos sesenta años de un gobierno intentando preservar el núcleo de su proyecto originario por encima de las dificultades sobrevinientes. Ante la necesidad de flexibilizar el frente externo regularizó la relación con el CIADI y con el Club de París, desarrolló una amplia diversificación de relaciones económicas y comerciales con nuevas contrapartes (la República Popular China, Medio Oriente) e instaló en la agenda de la ONU y en la opinión internacional la posición argentina en el litigio con los fondos buitres. Cuánto de esto podría haber aportado resultados más allá de lo inmediato, qué acciones emprendería el gobierno en esos nuevos escenarios externos, son cuestiones que quedan abiertas a la especulación. Lo que no dejaba gran marco a la especulación era el innegable deterioro del frente político kirchnerista.

El conflicto en torno a la resolución 125, detonado en momentos en que los precios agrícolas internacionales estaban en alza y aparentemente “sin techo” –por lo tanto, en condiciones para ser encarado como un conflicto del tipo “todos ganan” aunque algunos ganaran más que otros-, explicitó el carácter político de lo que estaba en juego más allá del tema específico y de la dimensión pecuniaria. El diseño original de la resolución, que aplicaba el incremento de la retención a todo el sector agrícola exportador sin diferenciar en la extrema diversidad de situaciones y condiciones, contribuyó mucho a la amplitud y consistencia de la movilización en su contra. Aparte de cierta histórica dificultad del peronismo (un fenómeno proverbialmente urbano) para entender las especificidades del mapa socioeconómico de lo que a partir de entonces pasó a denominarse *el campo*,

²⁹ Según Burgueño (2013) a mediados de 2011 en el Ministerio de Economía se elaboró un plan para regresar a los mercados financieros, bajar la inflación, reducir subsidios y preparar una devaluación ordenada. La gigantesca corrida cambiaria que tuvo lugar poco antes de las elecciones presidenciales de octubre (u\$s 17.545 millones) cambió el escenario y llevó a descartarlo, ante lo que se interpretó como un intento desestabilizador de sistema financiero.

incluyendo sus transformaciones en las décadas recientes, no resulta descabellado pensar que en la elaboración de la resolución hayan gravitado un engolosinamiento gubernamental ante el aumento aparentemente incontenible de los precios, así como la relevancia que la solvencia fiscal siempre tuvo en el esquema kirchnerista. El enfrentamiento mostró la enorme capacidad de convocatoria y movilización del sector, su amplia proyección territorial, sus estrechas articulaciones con el capital financiero, con las grandes cadenas de medios, con amplios sectores de las clases medias urbanas y con partidos políticos que en general no encontraban hasta el momento una línea compartida de oposición con cierto arraigo social. Sobre todo puso en evidencia la disposición del sector a encarar un costo económico inmediato –el proyecto que en definitiva fue rechazado en el Congreso le era más ventajoso que el original- si ese era el precio para infligir una derrota política al gobierno.

En las elecciones legislativas de 2009 en la provincia de Buenos Aires el kirchnerismo, que llevaba al ex presidente Néstor Kirchner como primer candidato a diputado, fue derrotado desde la derecha por una alianza de la que participaban sectores del peronismo provincial; un resultado cuyo impacto simbólico tuvo más peso que el de la aritmética electoral: Kirchner y el segundo candidato, el gobernador de la provincia, perdieron frente a un candidato de trayectoria política marginal. Cristina Fernández de Kirchner fue reelecta en octubre 2011 con 54% de los votos, pero dos años más tarde el kirchnerismo volvió a sufrir derrota electoral en la provincia, esta vez a manos del Frente Renovador, un nuevo partido formado por grupos y dirigentes que habían sido parte de la coalición originaria con funciones importantes en distintos momentos del gobierno nacional. El frente territorial se debilitó por los conflictos con varias provincias en torno a la coparticipación federal. Sectores de la *burguesía nacional* alguna vez enrolados en el “Grupo Productivo” se sumaron a la nueva oposición. Para entonces el movimiento obrero se había fracturado en cinco centrales sindicales, sólo dos de ellas abiertamente favorables al gobierno. Además de la migración hacia formaciones opositoras, los conflictos se explicitaron dentro de las representaciones parlamentarias del Frente para la Victoria, la coalición electoral del kirchnerismo. En 2014 la organización más representativa de la cúpula empresarial, la Asociación Empresaria Argentina (AEA), presentó un programa económico y político de convergencia y unidad opositora.³⁰ La “defección estratégica” del poder judicial (Helmke 2003), es decir el viraje de sectores relevantes del poder judicial del apoyo al enfrentamiento a los gobiernos a medida que éstos se aproximan a su final, complicó adicionalmente las cosas para el proyecto kirchnerista.

En estas condiciones el estado redobló su incidencia propiamente política (institucionalización de relaciones de poder) y simbólica (generador de identidades), y no

³⁰ **La Nación**, 22/4/2014; vid también la columna editorial del 10/2/2014. Integraban la Comisión Directiva las cabezas de empresas como Arcor, Techint, Grupo Roggio, Laboratorios Bagó, Laboratorios Roemmers, Banco Santander Río, Fiat Argentina, Supermercados Coto, Grupo Cencosud, Grupo Clarín, La Nación.

sólo administrativa, en el desempeño del proyecto kirchnerista: expresaba una relación política específica de fuerzas y configuraba identidades derivadas de esa especificidad (Vilas 2007). Para muchos intérpretes, el kirchnerismo “cristinista” asumía, en estas circunstancias, la fisonomía convencional del populismo: relación vertical directa entre el estado y su máxima dirigente y *el pueblo*; retórica conflictiva con tendencia al maniqueísmo, y otras características subjetivas que, si bien se mira, están presentes en una variedad amplia de regímenes político-económicos. La especificidad de la estrategia de acumulación/distribución, que definía una persistente línea de continuidad desde el principio del kirchnerismo y marcaba su diferencia respecto del *genus proximus* pasó desapercibida para muchos analistas, no así de algunos actores más perceptivos y más directamente involucrados en la producción de los acontecimientos.³¹

5. Consideraciones finales

De acuerdo al estereotipo difundido por Dornbusch y Edwards (1990) el populismo latinoamericano está indefectiblemente condenado a terminar en medio de un gigantesco descalabro económico que provoca, también inevitablemente, su caída del gobierno. Esa no es la experiencia argentina: ni el peronismo ni el kirchnerismo, en tanto variantes criollas del populismo económico, terminaron por una crisis económica que ellos mismos habrían provocado, y el que terminó así fue el más elaborado e internacionalmente celebrado experimento neoliberal ensayado en estas tierras. En 2015 la economía del kirchnerismo se encontraba, como la del peronismo de 1955, en proceso de recuperación, con las principales variables económicas bajo relativo control. El final de ambas experiencias no provino de la macroeconomía sino de la política: autoritariamente a través del golpe de estado de septiembre 1955, democráticamente en el balotaje de noviembre 2015.

La caracterización del kirchnerismo como una variante del populismo latinoamericano no proviene de sus estilos políticos sino, como se expresó más arriba, de su estrategia económica: promoción de un crecimiento extensivo, con el consumo como dinamizador de la inversión y del crecimiento, desarrollo del mercado interno, ampliación de la autonomía nacional respecto de los escenarios económicos internacionales, protagonismo del estado en el arbitraje de las contradicciones de clase y en la orientación general del proceso en

³¹ Esto del populismo siempre ha sido un incordio dentro y fuera del peronismo. El calificativo fue tempranamente disparado por la oposición, especialmente la proveniente de corrientes comunistas y socialistas, contra el peronismo, y repudiada por éste. En octubre 2005, en medio del conflicto con la empresa francesa Suez, el entonces embajador de Francia manifestó a los medios su preocupación por lo que consideraba carácter “populista” y “sesentayochista” del gobierno de Néstor Kirchner. La respuesta oficial fue virulenta: el embajador fue citado a la Cancillería, se rechazaron sus explicaciones y se remitió una nota formal de queja al gobierno francés expresando el “profundo malestar y disgusto por las expresiones del señor jefe de misión de la Embajada de la República Francesa”. **La Nación**, 7/10/2005; **Página 12**, 7/10/2005. No obstante diez años después la candidata a gobernadora de la provincia de Santa Cruz admitió “A nosotros nos encanta ser populistas, porque tenemos en claro que buscamos la transformación”. **Página 12**, 17/10/2015; **La Nación**, 16/10/2015.

función de una concepción de la democracia en la que ésta aparece dotada de eficacia social. Una estrategia capitalista de acumulación y distribución en inestable equilibrio entre cuánto de acumulación es posible en cada momento sin detrimento de la distribución – porque ésta impulsa el consumo y aporta los votos-, a costa de qué límites poner a la distribución para no afectar la tasa de acumulación –porque ésta aporta los recursos- (Vilas 1981). Si se quiere, una variante criolla de la socialdemocracia, en sociedades dependientes de los centros internacionales de poder.

¿Hubo realmente un *proyecto* kirchnerista o sólo se trató de una cadena de improvisaciones coyunturales? Quienes niegan lo primero argumentan que en realidad Néstor Kirchner se apoyó en lo llevado a cabo por Duhalde (incluyendo el apoyo político que éste aportó a su campaña presidencial en la provincia de Buenos Aires) y en este sentido navegó con el viento a favor de las condiciones derivadas de la devaluación y de los buenos precios internacionales. Se señaló en la primera sección de este trabajo que algo de verdad hay en esto; pero no es menos cierto que, cuando el viento empezó a soplar en contra, el proyecto, ahora a cargo del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, no cambió: siempre fue un capitalismo con distribución de ingresos. Las improvisaciones, el pragmatismo refirieron a las tácticas adecuadas a las variantes coyunturas, pero el objetivo se mantuvo.³² El voluntarismo extremo que se le criticó cuando las condiciones materiales del capitalismo argentino y las características de sus actores parecían bloquear el empeño gubernamental, puede interpretarse también como fidelidad a compromisos anticipados antes incluso que Néstor Kirchner asumiera la presidencia, y que alarmaron a los más atentos vigías de las élites del poder.

Existió ciertamente un desfase entre *el proyecto* y los actores de los que se pretendía acompañamiento y, en general, del grado de desarrollo alcanzado por el capitalismo argentino cuando el kirchnerismo entró en escena. Esos actores eran, en realidad, el resultado de ese capitalismo, formalmente deformado y desequilibrado, configurado a partir de la globalización y la financierización de la economía y la sociedad argentinas durante las más de dos décadas anteriores. Podría incluso afirmarse que lo que muchos observadores, y posiblemente también el propio Kirchner, consideraban capitalismo trunco o deformado, en todo caso extranjerizado, era en realidad el capitalismo *posible* en un país dependiente como Argentina. ¿Hubo entonces ingenuidad en los dirigentes kirchneristas, esa ingenuidad a veces recriminada a los de su generación *setentista* que tantos males habría acarreado al país? ¿O bien se trató de un caso límite de realismo político, del tipo del referido por el general Perón en sus reflexiones sobre la construcción de ranchos, o de las recomendaciones de Che Guevara acerca de las peras y los olmos?

³² Bonvecchi (2011) elabora un interesante análisis de la sobreposición de las administraciones kirchneristas a las variantes coyunturas para preservar los objetivos estratégicos (“la resiliencia ante toda contingencia”).

¿Pretendió el kirchnerismo dar demasiadas batallas al mismo tiempo, dispersando el poder de fuego de sus baterías? A mediados de 2015, y desde algunos años antes, el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner estaba comprometido, dentro y fuera del Parlamento, directa o indirectamente a través de agencias estatales y el apoyo a un amplio arco de organizaciones de la sociedad civil, en el conflicto con las grandes cadenas multimédios por la democratización de la comunicación de masas; en la disputa por la democratización y transparencia del poder judicial; en el enjuiciamiento y castigo a los responsables de crímenes de lesa humanidad cometidos durante la dictadura de 1976-83; en el conflicto con los grandes actores de la economía y las finanzas por la fuga de capitales, el tipo de cambio y la inflación; con los bonistas que no se habían acogido a las dos reestructuraciones de la deuda y con los fondos buitres que aparecieron después.

En opinión de este autor eran batallas diferentes dentro de una misma confrontación a un bloque de poder que es a un mismo tiempo político-económico e ideológico, con articulaciones estrechas con la economía internacional y persistente arraigo en el sentido común de mucha gente. En términos de la teoría de la democracia, pueden ser vistos como manifestaciones del carácter expansivo de la democracia representativa, que por su propia dinámica se proyecta hacia ámbitos usualmente protegidos, en la concepción liberal, del principio del gobierno de las mayorías. En términos empíricos, la diversidad de frentes de conflicto estaba unificada por la matriz de interconexiones, en los más altos niveles de la sociedad, entre los actores y grupos que habían colaborado con la dictadura brindándole apoyo político y asistencia aún en la comisión de sus peores tropelías; que son cabeza visible de las principales cúpulas empresariales; de donde proviene buena parte del personal superior del poder judicial, se construye el apoyo a los fondos buitres y se genera y difunde el discurso legitimador del bloque de poder contra el que el kirchnerismo estaba empeñado.³³

En ese empeño el kirchnerismo siempre tuvo al estado como principal herramienta; en la medida en que las coaliciones en las que se sustentaba se erosionaron por la dinámica de los acontecimientos, la dependencia del manejo del estado fue una debilidad –si no por otras razones, porque es un manejo a plazo constitucional-. Los actores sociales que le brindaron el apoyo más sistemático fueron aquellos que más dependían de la gestión estatal; por su propia vulnerabilidad carecen de recursos para alcanzar en el mercado la satisfacción de sus demandas más básicas (empleo, ingresos, vivienda) alimentando la caricatura del clientelismo como característica central de la política social: “planes por votos”. El discurso oficial, en cambio, machacaba con el reconocimiento de derechos ciudadanos, en una versión recargada de la tesis marshalliana de la ciudadanía social. Los actores más organizados, constituidos como sujetos de acción colectiva con anterioridad al kirchnerismo, con más experiencia en la acción autónoma, más amplios recursos

³³ Vid Verbitsky y Bohoslavsky (2013). El caso del Grupo Clarín es paradigmático de la multiplicidad de frentes de conflicto que se superponen en un mismo sujeto.

corporativos –los sindicatos, las clases medias de las organizaciones de la sociedad civil, los pequeños y medianos empresarios- mantuvieron siempre una relación de externalidad: eran aliados, no fuerza propia.

Tiene mucho de efecto retórico sostener que la gran limitación del kirchnerismo consistió en su aparente renuencia o incapacidad de quebrar el bloque de fuerzas dominantes y sustituirlo por una nueva alianza de clases, y que en consecuencia el kirchnerismo fue “el partido del orden”. Ciertamente la preocupación central del primer gobierno Kirchner fue instalar la conducción del estado en el comportamiento de los dos grandes pilares del capitalismo *nacional*: la burguesía y el movimiento sindical, recomponer el proceso de acumulación y restablecer el sistema democrático representativo. De acuerdo a la fórmula con la que Perón, a su regreso del exilio, intentó refrenar la euforia de los jóvenes peronistas de entonces: “Primero reconstruir, transformar después”; Kirchner prefirió la metáfora “salir del infierno”. Es cierto también que el kirchnerismo no introdujo transformaciones estructurales en el capitalismo argentino; no formaban parte del proyecto, ni de las fuerzas políticas de mayor gravitación –muchas de las cuales, dentro y fuera del PJ, se oponían o miraban con desconfianza cualquier tipo de transformación-. Quienes sí las planteaban, desde la cátedra o la marginalidad política, tuvieron dificultades para advertir que, con todas sus limitaciones y ambigüedades constitutivas, el kirchnerismo fue lo que más se arrimó a un proyecto de ese tipo.

REFERENCIAS

Agostino, Rodrigo Javier (2015) “Tasa de ganancia en la Argentina de la posconvertibilidad (2002-2012). **Realidad Económica** 291:49-76.

Amico, Fabián (2013) “Crecimiento, distribución y restricción externa en Argentina”, **Ciccus, Revista Argentina de Economía** 5:31-80.

Azpiazu, Daniel, Pablo Manzanelli y Martín Schorr (2011) **Concentración y extranjerización. La Argentina en la posconvertibilidad**. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Azpiazu, Daniel y Martín Schorr (2010) **Hecho en Argentina. Industria y economía**. Buenos Aires: Siglo XXI.

Basualdo, Eduardo M. (2004) “Notas sobre la burguesía nacional, el capital extranjero y la oligarquía pampeana”. **Realidad Económica** 201:14-23.

Basualdo, Eduardo M. (1999) “Tendencias y transformaciones de la cúpula empresaria argentina durante la década de los noventa”. **Realidad Económica** 168:32-56.

Basualdo, Eduardo M., Claudio Lozano y Martín Schorr (2002) “Las transferencias de recursos a la cúpula económica durante la presidencia de Duhalde. El nuevo plan social del gobierno”. **Realidad Económica** 196:56-84.

Bisio, Raúl y Nora Mendizábal (2003) **Visiones y propuestas de los jóvenes cuadros sindicales sobre el rol de los sindicatos en la Argentina**. Buenos Aires: Universidad de El Salvador, Instituto de Investigación en Ciencias Sociales, DT No. 5. www.usal.edu.ar/archivos/csoc/docs/idicsosdti005.pdf

Blustein, Paul (2005) **And the Money Kept Rolling In (and Out). The World Bank, Wall Street, the IMF and the Bankrupting of Argentina**. New York: Public Affairs.

Bonnet, Alberto (2015) **La insurrección como restauración. El kirchnerismo**. Buenos Aires: Prometeo libros.

Bonvecchi, Alejandro (2011) “Del gobierno de la emergencia al capitalismo selectivo: las relaciones Estado-empresarios durante el kirchnerismo”, en Andrés Malamud y Miguel de Luca (coords.), **La política en tiempos de los Kirchner**. Buenos Aires: EUDEBA, págs. 143-153.

Burgueño, Carlos (2013) “El plan económico al que Cristina no se animó”. **Ámbito Financiero**, 17/5/2013.

Cardoso, Fernando Henrique (1971) **Ideologías de la burguesía industrial en sociedades dependientes (Argentina y Brasil)**. Buenos Aires: Siglo XXI.

Cassini, Lorenzo (2015) “Reinversión de utilidades en la industria manufacturera: Argentina en la posconvertibilidad”. **Realidad Económica** 292:44-63.

Castellani, Ana y Mariano Szkolnik (2011) “«Devaluacionistas» y «dolarizadores». La construcción social de las alternativas propuestas por los sectores dominantes ante la crisis de la Convertibilidad. Argentina 1999-2001”. IDAES, **Documentos de Investigación Social** No. 18, Universidad Nacional de General San Martín.

CENDA (2010) **La anatomía del nuevo patrón de crecimiento y la encrucijada actual. La economía argentina en el periodo 2002-2010**. Buenos Aires: Cara o Ceca/CENDA.

CEPAL (2014) **Panorama social de América Latina y el Caribe**. www.Repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/37626/S1420729_esp.pdf

Curia, Eduardo Luis (2011) **El modelo de desarrollo en Argentina. Los riesgos de una dinámica pendular**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Damill, Mario y Roberto Frenkel (2015) “La economía bajo los Kirchner: una historia de dos lustros”. En Carlos Gervasoni y Enrique Peruzzotti, eds., **¿Década ganada? Evaluando el legado del kirchnerismo**. Buenos Aires: Debate, págs. 115-163.

Dornbusch, Rudiger y Sebastián Edwards (1990) “La macroeconomía del populismo en América Latina”. **El Trimestre Económico** 222:121-162.

Gaggero, Alejandro, Martín Schorr y Andrés Wainer (2014) **Restricción eterna. El poder económico durante el kirchnerismo**. Buenos Aires: Futuro Anterior/Crisis.

Galetti, Pablo (2004) “¿Qué significa hoy «burguesía nacional»? **Realidad Económica** 201:24-29.

Gigliani, Guillermo y Gabriel Michelena (2013) “Los problemas estructurales de la industrialización en la Argentina (1962-2010)”. **Realidad Económica** 278:55-74.

Green, Francis & Bob Sutcliffe (1987) **The Profit System. The Economics of Capitalism**. Hardmonworth, Middlesex: Penguin Books.

Helmke, Gretchen (2003) “La lógica de la defeción estratégica: relaciones entre la Corte Suprema y el Poder Ejecutivo en la Argentina en los periodos de la dictadura y la democracia”. **Desarrollo Económico** 170:179-201.

HCDN, Honorable Cámara de Diputados de la Nación (2005) **Fuga de divisas en la Argentina. Informe final de la Comisión Especial, 2001**. Buenos Aires: FLACSO/Siglo XXI.

IARAF, Instituto Argentino de Análisis Fiscal (2015) **Peso relativo del gasto público argentino. Evolución, determinantes y efectos de su aumento**. www.consejo.org.ar/noticias15/files/consejo-iaraf-gasto-publico-argentino-oct%202015.pdf

López, Andrea y Norberto Zeller (2015) “El empleo público en el Estado Nacional (1983-2012)”. Continuidades y rupturas con el paradigma neoliberal”. **Revista Perspectivas de Políticas Públicas** 8:27-47.

Mantega, Guido (2005) **Teoría da dependência revisitada. Um balanço crítico**. Escola de Administração de Empresas de São Paulo. Fundação Getulio Vargas, Sao Paulo www.bibliotecadigital.fgv.br

Manzanelli, Pablo, Mariano A. Barrera, Andrés Wainer y Leandro Bona (2015) **Ciclo de endeudamiento externo y fuga de capitales. De la dictadura militar a los fondos buitres**. Buenos Aires: CEFID-AR/Página12/Universidad Nacional de Quilmes.

Manzanelli, Pablo y Martín Schorr (2012) “Extranjerización y poder económico industrial en Argentina”. **Revista Problemas del Desarrollo** 170 (43):39-67.

Mercatante, Esteban (2015) **La economía argentina en su laberinto. Lo que dejan doce años de kirchnerismo**. Buenos Aires: Ediciones IPS.

Merino, Gabriel (2014) “El Grupo Productivo y las condiciones económicas de su surgimiento”. **Realidad Económica** 288:59-89.

Michelena, Gabriel (2009) “La evolución de la tasa de ganancia en Argentina (1960-2007)”. **Realidad Económica** 248:83-106.

Ollier, María Matilde (2015) “El ciclo de las presidencias dominantes: Néstor y Cristina Kirchner (2003-2013)”. En Carlos Gervasoni y Enrique Peruzzotti, eds., **¿Década ganada? Evaluando el legado del kirchnerismo**. Buenos Aires: Debate, págs. 61-87.

Palomino, Héctor (2005) “Los sindicatos y los movimientos sociales emergentes del colapso neoliberal en Argentina”. En Enrique de la Garza Toledo (comp.) **Sindicatos y nuevos movimientos sociales en América Latina**. Buenos Aires: CLACSO, págs. 19-52.

Przeworski, Adam (1995) “Las restricciones económicas en las decisiones políticas”. **Revista Internacional de Filosofía Política** 6:52-69.

Przeworski, Adam & Michael Wallerstein (1988) “Structural dependence of the State on Capital”. **American Political Science Review** 81 (1):11-29.

Remes Lenicov, Jorge (2012) **Bases para una economía productiva. El programa enero-abril de 2002 y la rápida recuperación de la economía argentina**. Buenos Aires: Miño y Dávila.

Restivo, Néstor y Horacio Rovelli (2011) **El accidente Grinspun**. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Rougier, Marcelo (2012) **La economía del peronismo. Una perspectiva histórica**. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Schorr, Martín (2012) “Argentina: ¿nuevo modelo o ‘viento de cola’?”. **Nueva Sociedad** 237:114-127.

Trindade, Héglio (1982) “Burguesía y estado en Brasil: Un balance crítico”. **Crítica & Utopía** 6:137-159.

Verbitsky, Horacio y Juan Pablo Bohoslavsky, eds. (2013) **Cuentas pendientes. Los cómplices económicos de la dictadura**. Buenos Aires: Siglo XXI.

Vilas, Carlos M. (2007) **Pensar el estado**. Lanús (Pcia. de Buenos Aires). Universidad Nacional de Lanús: Ediciones de la UNLa.

Vilas, Carlos M. (2005) “Pobreza, desigualdad y sustentabilidad democrática: el ciclo corto de la crisis argentina”. **Revista Mexicana de Sociología** 67 (2): 229-269.

Vilas, Carlos M. (2001) “*Como con bronca y junando...* Las elecciones del 14 de octubre de 2001”. **Realidad Económica** 183:6-15.

Vilas, Carlos M. (1981) “El populismo como estrategia de acumulación: América Latina”. **Críticas de la Economía Política** 20/21:95-147.

Wainer, Andrés y Martín Schorr (2014) “Concentración y extranjerización del capital en la Argentina reciente. ¿Mayor autonomía nacional o incremento de la dependencia?”. **Latin American Research Review** 49 (3): 103-125.

Zaiat, Alfredo (2014) **Economía a contramano**. Buenos Aires: Planeta.